

conocierais sus méritos, dispensándoles una afectuosa gratitud por sus eminentes y largos servicios. No es mi voz; es este silencio, este concurso inmenso, estas solemnes ceremonias, y ese pueblo que se agrupa á nuestro alrededor, lo que mas que todo hace el elogio de los hombres notables cuya pérdida deploramos. Su fama es imperecedera; nada ni nadie puede atentar contra ella!

«La altura á que nos hemos elevado, y el lugar que ocupamos en el mundo, es una cuestion que no debemos omitir aquí; ni los hombres ni las naciones, pueden cumplir debidamente la mision á que están destinados, si no comprenden su importancia y saben cumplir sus deberes. No es el deseo de infatuar la vanidad nacional, ni tampoco el de acrecentar vuestro orgullo, sino el de haceros comprender cuál es vuestra situacion entre las demás naciones de la tierra, lo que me obliga á dirigiros la palabra en este sentido. Nadie puede negar que en América ha comenzado una nueva era que se distingue por su Gobierno representativo, por su libertad religiosa, por su sistema de relaciones internacionales, por ese espíritu de investigacion que distingue á nuestro pueblo, y por esa difusion de los conocimientos humanos á que se deben los rápidos progresos del pais. América, amigos míos, tiene ahora grandes intereses que defender, y advertid que nuestro deber es hacerlo, pues cuando aquellos se pierdan, será inevitable nuestra ruina. Así pues, no olvidando jamás que de nosotros depende la prosperidad del pais, cumplamos noblemente los deberes que nuestra situacion nos impone. Si practicamos la virtud y los principios de nuestros padres, el cielo nos ayudará á llevar á cabo la grandiosa obra que nos está encomendada. Tenemos sublimes ejemplos ante nosotros: el brillante res-

plandor del firmamento ilumina la senda por donde debemos dirigir nuestros pasos; Washington es el astro que nos debe servir de norte, á él se han unido otras estrellas que forman la constelacion americana, que giran en su centro é irradian su brillante luz sobre nosotros; sigamos ese rastro luminoso hasta tanto que llegue el término de nuestra existencia, y entonces, encomendemos la suerte de nuestro querido pais á la proteccion del Altísimo.»

Mientras estaba cerrado el Congreso, celebróse en Washington un convenio de comercio y navegacion con la América central, bajo condiciones tan liberales como ventajosas. El contrato se hizo por doce años, y fué ratificado por el Presidente en 28 de octubre (*).

La segunda legislatura del décimo nono Congreso comenzó el 4 de diciembre y en el mismo dia, remitió el Presidente á la Cámara su segundo mensaje anual. Decíase en él que las relaciones estranjeras eran favorables con los Paises-Bajos, Dinamarca y otras potencias, si bien debian resolverse aun ciertas cuestiones importantes con la Gran Bretaña y Francia. Al hablar de la hacienda, el Presidente anunciaba al Congreso que aunque las rentas del año anterior no habian ascendido á lo que se esperaba, habíanse aplicado siete millones de duros al pago de la deuda pública, además de cuatro millones destinados á satisfacer los intereses, y que el sobrante á fin de año se esperaba sería de un millon doscientos mil duros. Entre las diversas recomendaciones que hacia

1826.

(*) En el año 1826, fué cuando la conducta de Morgan dió lugar al movimiento anti-masónico, que produjo cierta escitacion por las medidas que fué preciso adoptar. Por espacio de tres ó cuatro años se estuvo hablando públicamente de la fraternidad masónica, y muchos políticos trataron de sacar partido de este asunto para sus fines particulares.

Mr. Adams en su mensaje, sin repetir ninguna de las del anterior, de que tan poco caso se habia hecho, era la principal un proyecto para aumentar la armada y llevar á cabo ciertas obras de utilidad pública.

De nuevo se propuso la adopcion de una ley de quiebras, mas todo fué en vano, pues la mayoría alegó que si bien semejante ley beneficiaria á los comerciantes ricos de los puertos del Atlántico, perjudicaria en cambio á los demás. Otro *bill* cuyo objeto era aumentar los derechos sobre los géneros de lana que se importaran, á fin de proteger la fabricacion americana, fué aprobado en la Cámara de Representantes, pero lo desechó el Senado, solo por el voto decisivo del Vicepresidente. En cumplimiento de las recomendaciones del Presidente, se consignaron varias cantidades para mejoras públicas, acordándose asimismo que se satisficieran seis anualidades á razon de quinientos mil duros una, destinada al aumento de la armada. La cuestion de conceder pensiones á los que habian servido durante la revolucion no se resolvió como era de esperar; el asunto del comercio colonial de la Gran Bretaña, ocupó tambien la atencion de ambas Cámaras, y se presentaron varios *bills* á fin de hacer un arreglo satisfactorio, pero no se obtuvo resultado alguno y la cuestion quedó sin resolver. La verdad es, que como predominaba el espíritu de partido, se habló mucho y no se hizo nada. La legislatura dió por terminadas sus sesiones el 3 de marzo, dejando pendientes una infinidad de proyectos (*).

Poco despues de cerrarse el Congreso, se produjo cierta escitacion á consecuencia de

(*) Siendo Mr. Calhoun Secretario de la Guerra, se le dirigieron ciertos cargos, y habiendo solicitado que se abriese un informe por el comité de la Cámara, quedó completamente reconocida su probidad.

la calumnia que se fraguó contra Mr. Clay, á quien se acusaba de haber contribuido á la eleccion de Mr. Adams, valiéndose de medios ilícitos para beneficiarse á sí propio, y la oposicion, perfectamente organizada, se valió de aquel arma poderosa para atacar al Gobierno, favoreciendo al propio tiempo á Jackson, á quien, segun ya hemos dicho, apoyaba todo el partido democrático. No entraremos en los pormenores de esta *gran conspiracion*, como la llamaron los amigos de Mr. Clay; nos limitaremos por lo tanto á decir que el general Jackson trató de eludir la responsabilidad en una carta dirigida á Mr. Carter Beverley, de Virginia, y que poco despues, al hablar de Buchanan, (Presidente de los Estados-Unidos en 1857) dijo que era uno de los miembros respetables del Congreso, que le habia hecho proposiciones sobre nombrar á Mr. Clay Secretario de Estado en el caso de ejercer éste su influencia en favor de Jackson. Cuando se publicó la carta de Buchanan referente á este asunto, quedó probado hasta la evidencia, aun para los mas incrédulos, que Mr. Clay habia sido calumniado, y que en nada podian fundarse los indignos cargos que tan gratuitamente se le dirigieran. Sin embargo, como la falsia consigue muchas veces oscurecer la luz de la verdad, favoreciendo los propósitos de los que se valen de ella, perjudicaron mucho al Gobierno los ataques de sus enemigos, y Clay hubo de perder las esperanzas de adelantar en su carrera política (*).

Durante aquella empeñada lucha política, procedióse á la eleccion de diputados, y como era de esperar, el resultado demostró que la oposicion iba ganando terreno en ambas Cámaras. En el Senado se ha-

1827.

(*) Mr. Clay publicó un folleto sobre este asunto, en el cual presentaba testimonios irrecusables para probar completamente su inocencia, justificando su conducta.

llaban, Webster, Hayne, Woodbury, Tyler, Harrison, Van Buren, Benton y otros, mientras en la Cámara, contábase entre sus numerosos miembros hombres tales como Buchanan, Everett, Dwight, Cambreling, Rives, Polk, M'Duffie, Stevenson y Livingston. En aquel estado de cosas, no era muy lisonjera la perspectiva que se ofrecía al Gobierno.

El vigésimo Congreso celebró su primera sesión el 3 de diciembre de 1827: doscientos siete diputados contestaron á sus nombres al pasarse lista en la Cámara, resultando solo seis ausentes, mientras en el Senado no faltaron sino dos, lo cual basta para demostrar con qué ánsia se deseaba renovar la lucha parlamentaria. La primera discusión tuvo lugar cuando se trató de elegir el presidente de la Cámara, pero Mr. Stevenson, de Virginia, ganó al fin la votación, por una escasa mayoría, contra Mr. Taylor, á quien se consideraba como uno de los primeros diputados de la oposición.

Al día siguiente remitió Mr. Adams su mensaje anual, que como los demás era muy extenso y trataba de las cuestiones que con preferencia debía tomar en consideración la legislatura nacional. Hablábale en primer lugar de las relaciones extranjeras, que según el Presidente eran favorables, y al dar cuenta del estado de la hacienda, se anunciaba que atendidas las circunstancias no podía ser este más lisonjero, pues aun cuando escedían un poco los gastos á los ingresos, debía esto á que de los veintidos millones trescientos mil duros se habían pagado más de seis millones por cuenta de la deuda. Esperábase, sin embargo, que á fines de año quedaría en el Tesoro un sobrante de cinco millones quinientos mil duros. El Presidente manifestaba después que se habían apaciguado ya ciertos disturbios ocurridos

con los indios en la frontera Norte-Occidental, y se recomendaban al Congreso varios proyectos de mejoras públicas, el aumento de la armada y la creación de una escuela naval. Mr. Adams terminaba su mensaje indicando que más bien como un deber de justicia que de gratitud, convendría recomendar á los veteranos de la guerra de la revolución.

Durante aquella legislatura se discutió acerca de la cuestión de tarifas, y los proteccionistas y sus contrarios pusieron en juego su elocuencia para favorecer ó condenar el llamado *Sistema americano*. En el transcurso del verano, se reunieron convenciones en Harrisburg, y en Columbia (Carolina del Sur); en el primero de dichos puntos, los amigos de Mr. Clay apoyaron la revisión de las tarifas, con el objeto de favorecer los intereses del país, y en el segundo se combatió, alegando que semejante medida, si bien podría beneficiar á los capitalistas del Norte, perjudicaría gravemente á los del Sur. Esta trascendental cuestión ocupó á la Cámara exclusivamente desde 1.º de febrero hasta el 22 de abril en que se aprobó un *bill* presentado por el Comité respectivo, pero modificándolo de tal modo que no satisfacía los deseos de los proteccionistas. El Senado prestó también su aprobación en 13 mayo, por veintiseis votos contra veintiuno, con varias enmiendas que no alteraban esencialmente el proyecto. Todos los Estados del Sur, votaron contra el *bill*, y con ellos Maine, New-Hampshire, Massachusetts, Connecticut y Rhode-Island, pero en estos últimos hubo alguna división. Por este proyecto, según dice Mr. Pitkin, el sistema se aplicó esencialmente á las lanas, pues varias clases de tejidos se recargaron con un derecho de cuarenta y cinco ó cincuenta por ciento, sobre el minimum de su valor. También se

aumentaron los derechos sobre el hierro, el cobre y otros artículos, y el precio mínimo de los algodones se elevó á treinta y cinco céntimos la vara cuadrada. Muchos comerciantes del país combatieron la política de esta medida, y la mayor parte del pueblo discutió acerca de su constitucionalidad, y en resumen puede asegurarse que no fué satisfactoria para amigos ni enemigos.

Mr. Benton, en su *Revista de los treinta años*, consagra un capítulo al asunto de la revisión de tarifas, y al demostrar que era una medida que deseaban adoptar solo los fabricantes capitalistas y algunos políticos, se espresa en estos términos: «El Sur creyó que con aquel sistema se le empobrecía para enriquecer al Norte, y á la verdad que era muy extraño el resultado que había venido observándose en aquellos dos puntos de la Unión. Cuando los Estados no eran sino colonias, las del Sur pasaban por las más ricas y de las que más se esperaba una vez proclamada la independencia; contaban con las esportaciones, y por decirlo así, tenían asegurada la prosperidad; mas no sucedía así al Norte, cuyos recursos agrícolas eran escasos, y que no esperaba sino privaciones cuando se le retirara el favor de Inglaterra. Sin embargo, en el medio siglo transcurrido después de la proclamación de la independencia se trocaron los papeles: la riqueza del Norte iba acrecentando, mientras disminuía la del Sur, y sus ciudades fueron engrandeciéndose mientras las otras decaían, de tal modo que Charleston, uno de los principales puertos del Sur, era menos importante últimamente que antes de la revolución. El Norte se convirtió en una especie de prestamista del Sur, cuyos ciudadanos hacían peregrinaciones al primero de dichos puntos, para tomar dinero, hipotecando sus fincas. Nadie hubiera dicho seguramente

que el Sur había esportado desde la revolución por valor de ochocientos millones de duros, es decir, una suma igual al producto de las minas de Méjico desde los tiempos de Cortés, y dos ó tres veces mayor que el producto de las mismas en cincuenta años! Los Estados del Sur atribuyeron este resultado á la acción del Gobierno federal, es decir, al sistema de imponer derechos sobre la industria en una parte de la Unión y en la otra no, y especialmente á las tarifas protectoras; pero aun cuando esto fuera así en cierto modo, no debía achacarse solamente á la razón espuesta, y esto se prueba evidentemente por el hecho de que el sistema proteccionista no había estado en vigor sino muy poco tiempo, es decir, desde el año 1816, mucho después de haber variado la situación del Norte y del Sur. Otras causas pudieron influir en el cambio, mas ahora solo debemos fijarnos en la ya conocida, y aun no admitiendo que el sistema no hubiese causado todo el daño de que se quejaba el Sur, convengamos en que perjudicó lo bastante para que le condenaran los amantes de la justicia é igualdad entre los Estados, los que deseaban la armonía y estabilidad de la Unión, los enemigos de las combinaciones maquiavélicas entre los partidarios políticos y la legislatura nacional. Esta era al menos la opinión en el grupo más numeroso del partido democrático que votó la tarifa de 1828, y que estaba dispuesto á obrar conforme á sus ideas cuando cayera del poder el partido político que apoyaba el sistema proteccionista, caída que se creía segura en la futura elección presidencial.»

Otra de las cuestiones que ocupó muy principalmente la atención del Congreso, fué la de economías, tema favorito de los aspirantes á políticos y que escitará siempre la atención del pueblo. Mr. Chilton, de Ken-

tucky, fué el que promovió el debate, y se nombró desde luego un Comité, cuya mayoría, despues de haberse discutido mucho, presentó un informe declarando que no se administraban prudentemente los intereses del Estado. Mrs. Everett y Sergeant, minoría del Comité, y los dos únicos amigos del Gobierno, presentaron un segundo informe, que como era de esperar, presentaba las cosas bajo distinto aspecto, probando que los intereses del país se habían administrado económicamente y con el mayor acierto. Todo esto era puramente una cuestión política, pues así como la oposición no tenía otro objeto que desacreditar al Gobierno, proponíanse solo los amigos de éste defenderle en aquel terreno.

Con el fin de corregir ciertos defectos en el modo de proceder de los tribunales federalistas de los Estados, admitidos en la Union desde 1789, aprobóse en el Senado, despues de una empeñada discusión, un *bill*, el cual pasó luego á la Cámara, que también lo aceptó con una ligera enmienda respecto á Louisiana. Despues se votó al fin cierta cantidad para pensionar á los veteranos de la revolución (*), y otra para continuar el camino de Cumberland. Segun costumbre, se discutió largamente acerca de la constitucionalidad de las mejoras públicas, pero debemos confesar que los honorables miembros parecían atender más á los compromisos con sus constituyentes y á sus miras políticas, que á fijarse en las medidas que convendría adoptar para resolver tan importante cuestión.

Tratóse también de otros asuntos, tales como la navegación del San Lorenzo, la cuestión de límites, las reclamaciones de los

(*) Sobre este asunto pronunció Daniel Webster en abril de 1828, uno de sus discursos más brillantes, digno de la atención del lector.

ciudadanos de América por las pérdidas sufridas en su comercio, y otros proyectos de que no creemos necesario dar aquí pormenores. El Congreso se cerró el 26 de mayo, y los miembros volvieron á sus casas, preparados á continuar la empeñada lucha que ya había empezado respecto á la elección presidencial (*).

Aquella debía ser una batalla en que iban á entrar en juego todos los elementos políticos, y en la que no escasearían seguramente los vergonzosos abusos, las indignas imputaciones y las mezquinas intrigas que deben repugnar á los hombres de reconocida rectitud, que solo se interesan por el bien de su patria. El resultado fué el mismo con que ya contaba el partido democrático: el general Jackson obtuvo ciento setenta y ocho votos entre los doscientos sesenta y uno que componían el total, y Juan Quincy Adams solo alcanzó ochenta y tres, es decir, menos de la mitad de los que resultaban á favor de su victorioso rival. Mr. Calhoun fué elegido de nuevo Vice-presidente.

La segunda legislatura del vigésimo Congreso comenzó en 1.º de diciembre de 1828, en cuyo día se recibió el mensaje del Presidente, que como los otros, y sobre todo por considerarlo el último, era muy extenso y hablaba de todos aquellos asuntos más importantes de que se debía dar cuenta al Congreso

(*) El general Brown, que tenía el grado de comandante en jefe, murió en 24 de febrero de 1828; el general Scott y el general Gaides, nombrados en la misma fecha, tenían igual derecho á ocupar la vacante, pero el Gobierno, no queriendo dar á ninguno la preferencia, designó para dicho cargo al general Macomb. La Cámara aprobó luego un *bill*, cuyo objeto era suprimir el cargo de mayor general, pero lo desechó el Senado. Entonces el general Scott, resentido por la conducta del Secretario de la Guerra, rehusó obedecer las órdenes de Macomb, y habiéndosele suspendido en su destino, hizo un viaje á Francia, donde vió á Lafayette, el cual le aconsejó que volviera al ejército. A la muerte de Macomb, ocurrida en 1841, Scott fué nombrado comandante en jefe del ejército de los Estados-Unidos.

en concepto del Poder Ejecutivo. Hablábale en primer lugar del estado de las relaciones con las potencias extranjeras, de la guerra que acababa de estallar entre Rusia y Turquía, de la probabilidad de obtener una indemnización de Francia por las depredaciones cometidas contra el comercio americano, de la cuestión de límites, y por último, de las relaciones con la Gran Bretaña. Sobre la hacienda, decía el Presidente que se hallaba en favorables condiciones; los ingresos habían producido dos millones más de lo que se esperaba, pero los gastos ascendían en un millón quinientos mil duros con motivo de haberse satisfecho nueve millones por cuenta de la deuda pública, calculándose no obstante que á fines del año corriente quedaría un sobrante de cinco millones, en cuya fecha quedaba reducida la deuda á cincuenta y ocho millones de duros.

Los amigos del Presidente, así como también sus enemigos, habían extrañado que en sus primeros mensajes no hablara éste de la cuestión de tarifas, pero Mr. Adams trató de remediar en el último este descuido.

Tomando por ejemplo la política comercial de la Gran Bretaña, indicó 1828. que el Gobierno estaba en el deber de obrar conforme á los principios sancionados por el *bill* de tarifas aprobado en la legislatura anterior, al que esperaba se adhiciesen todas las autoridades de la Union. En el resto del mensaje se trataba de la situación de los indios que residían dentro del territorio de los Estados-Unidos; de la conveniencia de fortificar las costas y aumentar las fuerzas de la armada; de lo útil que sería se perfeccionasen en la táctica los oficiales del ejército y la marina, y de la necesidad de comenzar los trabajos preparatorios para formar el cuarto censo de población. El Presidente concluía asegurando que deseaba que el

Congreso adoptase las medidas recomendadas, y que por su parte contribuiría por cuantos medios estuviesen á su alcance en todo aquello que tuviese por objeto el bienestar del país. Aun cuando se sabía de público, Mr. Adams no hizo alusión alguna al hecho de que aquella era la última vez que se dirigía al Congreso como Presidente de los Estados-Unidos.

Como aquella legislatura fué una de las más cortas, y se acercaba también el término de la primera administración de Mr. Adams, apenas se hizo nada de importancia. Aprobáronse en ambas Cámaras varios *bills* para favorecer los intereses de la navegación; otro que tenía por objeto suprimir ciertos derechos sobre los buques americanos y los de otras potencias que tuviesen tratados con los Estados-Unidos, se desechó en el Senado, y por último votáronse considerables cantidades para mejoras públicas, que al fin se aprobaron en ambas Cámaras por grandes mayorías. La continuación del camino de Cumberland y la cesión condicional del mismo á los diversos Estados por cuyos límites atravesara, promovió un debate que ocupó la mayor parte de su tiempo á la legislatura. Estos son los principales asuntos que tomó en consideración el Congreso; presentáronse también otros *bills*, y entre ellos, uno referente á las economías, pero no hubo tiempo de discutirlos y por lo tanto quedaron pendientes de resolución.

El 3 de marzo de 1829, se cerró el vigésimo Congreso, y en dicho día cumplíase también el primer plazo de la administración de Mr. Juan Quincy Adams. A causa de una enojosa correspondencia que éste había tenido con los hombres más notables de Boston, con motivo de la conducta observada por Mr. Adams cuando creyó que los federalistas trataban de conseguir que se disolviese la